

Comentarios a la reseña de G. Álvarez-López sobre *La Universidad Light. Un análisis de nuestra formación universitaria*.

Con el profesor Gabriel Álvarez-López mantengo una relación a través de las redes sociales, *Twitter* fundamentalmente, desde hace un tiempo. A fecha de hoy, aún no nos conocemos como se suelen conocer las personas, hoy se dice graciosamente «de manera presencial». Espero que no pase mucho tiempo para que eso suceda. Sin embargo, nuestras interacciones virtuales, no muchas, pero sí las suficientes, me han demostrado algo: los dos estamos enamorados de la universidad. Por suerte, no somos los únicos, muchos más nos acompañan y se encuentran en la misma condición. No tenemos una voz tan fuerte como la de otros, por ejemplo, la de quienes ponen a la universidad al servicio de otras cosas, pero ahí estamos, intentando que se nos escuche ni que sea un poco o de vez en cuando. Dicho esto, ha sido un auténtico placer leer la reseña a *La Universidad Light* (Esteban Bara, 2019) del profesor Gabriel Álvarez-López, y sobre todo, un reto verse interpelado por sus invitaciones a pensar.

Me gustaría empezar esta respuesta a la reseña recuperando dos preguntas retóricas que aparecen en ella y que van dirigidas a los estudiantes. La primera: ¿quién, cuando se matriculó en la universidad por primera vez, no se interesó por las celebridades que estudiaron entre esas mismas paredes? Y la segunda: ¿a qué han venido si no es aprender a dudar y a buscar el conocimiento en el fondo de los libros? Me atrevo a responder a

ambas sin miedo a equivocarme, claro está, pensando en los estudiantes que acceden a nuestras universidades durante los últimos años. Respuesta a la primera pregunta: casi nadie, muy pocas personas. Respuesta a la segunda pregunta: a por cualquier cosa que garantice alguna utilidad, eso de buscar en el fondo de los libros no cotiza en el mercado, no está entre las prioridades, por no decir que ha sido apartado al ostracismo. Desde luego, no quisiera generalizar, pero creo que esa es la situación general en la que nos encontramos. La realidad demuestra que no hace falta saber qué gigantes de pensamiento científico y cultural pisaron las mismas aulas que nosotros o haber leído demasiados libros para salir airoso de la universidad, eso es, con el título debajo del brazo.

Ahora bien, no son preguntas triviales. Sus respuestas son síntomas significativos de la situación que estamos viviendo en nuestras universidades. A ellas se podrían añadir otras del tipo: ¿cuántos estudiantes, una vez finalizada la carrera, recuerdan a más de media docena de sus profesores/as?; ¿y cuántos se han hecho con un listado de libros de referencia sea de su área de conocimiento o del mundo de la cultura en general?; ¿cuántos acaban diciendo que han estudiado en la universidad de Biología o de Derecho porque no conocen la diferencia entre una universidad y una Facultad? Las respuestas a todas estas preguntas, y otras más que se podrían añadir, insisto, refleja la situación en la que nos encontramos actualmente. El profesor Gabriel Álvarez-López cita en su reseña a diversos autores que consideran, lisa y llanamente, que la

actividad universitaria se ha acabado, o mejor dicho, que la hemos lanzado por la borda. Son escritos duros de asumir, aunque su lectura es más que obligatoria para los que, aunque no queramos creer tal cosa, vemos que necesitamos algún tipo de cambio, un nuevo rumbo. En este aspecto me gustaría añadir a esa lista el libro editado por los profesores Jesús Hernández, Álvaro Delgado-Gal y Xavier Pericay (2013). En él se reúnen diversos profesores, auténticos referentes de la cultura y la ciencia por los que, volvemos a lo mismo, ya casi ningún estudiante pregunta, y que decidieron pedir la jubilación anticipada. Quizá ya están cansados o necesitan más tiempo familiar o de ocio, pero no es eso lo que manifiestan en sus escritos de, por decirlo de alguna manera, despedida. A nivel general, vienen a decir que ya no se encuentran cómodos en la universidad de hoy, que ya no la reconocen ni se ven en ella, que los tiempos han cambiado, sí, pero al mismo tiempo, valga la redundancia, se han llevado por delante a la universidad. En definitiva, echan de menos a aquellos buscadores de conocimientos, verdades, bellezas y bondades que no se preocupan de casi nada más que de eso, de buscar lo mejor de lo mejor para todos, desde luego, no para ellos mismos.

Me gustaría ahondar en una idea que aparecen en *La Universidad Light* de alguna manera, y que el profesor Gabriel Álvarez-López rescata en su reseña, sino explícitamente, sí de manera subrepticia. Quizá en el texto original no insistí demasiado, pero me parece algo fundamental para, como decíamos, remar contracorriente y dirigir la formación

universitaria hacia otras orillas a las que ahora arriba. Es una idea sobre la que también he estado trabajando durante estos últimos meses, gracias a la relectura de uno de esos libros que, como diría el profesor Gabriel Álvarez-López, van al fondo del asunto educativo. Quizá por eso hay que releerlo tantas veces, se recomienda que una vez al año. Me refiero a *Sobre el porvenir de nuestras escuelas* de Friedrich Nietzsche (2009).

En una parte de ese maravilloso texto, concretamente en la primera de las conferencias que imparte el entonces jovencísimo, pero ya inmenso filósofo alemán, se afirma que: «...está mal vista una cultura que produzca solitarios, que coloque sus fines más allá del dinero y de la ganancia, que consuma mucho tiempo». (Nietzsche, 2009, p. 53). Eso es exactamente por lo que nuestras universidades deberían apostar: formar seres solitarios, ensimismados que diría Don José Ortega y Gasset. Esta afirmación puede causar sensación en aquellas personas que hoy abogan por la adaptación de nuestros estudiantes a la realidad en la que viven, por armarlos de competencias de todo tipo, convertirlos en expertos nadadores en el mundo virtual, por cargarlos de emociones que tendrán que desplegar en sus oficinas, despachos, hospitales y escuelas, en fin, ya nos entendemos.

La contradicción de ese discurso es máxima. Por un lado, se afirma que los universitarios están llamados a ser agentes de cambio social, y por otro lado, y al mismo tiempo, se sueña con universitarios que se acoplen a la perfección a la realidad que hoy tenemos. ¡Esa realidad está en constante cambio!, sí, pero

aunque se forme para eso también se forma para adaptarse a ella. Lo que realmente necesitamos, o eso me parece a mí, es universitarios inquietos, una suerte de abejorros que incordien y pongan las cosas del revés, como quería Sócrates. Desde luego, para que eso sea posible es necesario aprender a estar solo, a vivir en soledad, como apartado del mundo, y la universidad debería ser el escenario perfecto para tal aprendizaje. Entendámonos, estudiantes solos y en soledad pero no solos del todo, no a la intemperie. La universidad no está hecha para pollos sin cabeza. Un joven solitario universitario lleva un ruido tremendo en su interior, el que producen los libros, los buenos claro, y no solo los libros, sino cualquier producción cultural que tenga algo que decir, o mejor dicho, que venga diciendo cosas desde que su creador nos la regalara. Y también lleva un ruido considerable de hábitos, la soledad, la buena, no se puede vivir de cualquier manera, sino de forma ordenada y pautada.

Me parece que todos conocemos a almas y mentes universitarias solitarias, personas que ya andan por nuestro patio social y nuestras organizaciones empresariales. Y también me parece que son las que más acompañadas están y con las que uno más acompañado se siente. Me refiero a personas a las que no se les da gato por liebre, que antes de dar un paso lo meditan, que no viven según sopla el viento, que saben hablar de lo que saben y que prefieren callar cuando no saben

de lo que se está hablando. Acaso con todo esto ya nos hacemos una imagen más o menos clara de esas personas, de esos profesionales y ciudadanos.

Querido profesor Gabriel Álvarez-López, queda mucho camino por recorrer y trabajo por hacer. ¡Y desde dentro! No podemos esperar a que venga alguien de fuera de la universidad para cambiar lo que está pasando en ella, o sí, podemos, pero sentados porque nos cansaríamos de esperar. La cosa buena es que somos muchos los que soñamos con una universidad que rinda honor a sus propósitos, que venda su alma por un plato de lentejas. Y si te soy sincero, veo brotes verdes. Cada vez son más los textos que vienen a decir que la formación universitaria está para algo más que para encontrar trabajo, que señalan, quizá sin saberlo, que la mejor competencia que un estudiante puede adquirir en la universidad es la de ser y vivir como un universitario, ni más, ni menos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Esteban Bara, F. (2019). *La universidad light. Un análisis de nuestra formación universitaria*. Paidós.
- Hernández, J., Delgado-Gal, A., y Pericay, X. (2013). *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio*. Anagrama.
- Nietzsche, F. (2009). *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Tusquets.

Francisco Esteban Bara
Universitat de Barcelona